

Tan lejos del arco del triunfo

El fútbol, en el Perú, se ha convertido en una pesadilla de ilusiones e imposibles de plasmar. Insistimos, cada vez con mayor desesperación, en la cantaleta de por qué no vamos al Mundial. Queremos ir a un Mundial como lo hacen otros países cuyo desarrollo económico es menor. Es el caso del Paraguay, por ejemplo. Nosotros disponemos de unas instalaciones de lujo —la Videna, la ninguneada Videna, donde los jugadores no desean concentrarse porque prefieren las instalaciones del Hotel El Golf— que los paraguayos ni por asomo poseen. Sin embargo, hace tres mundiales que ellos sí van y nosotros no. ¿Por qué? Porque han logrado acoplar maravillosamente a la selección con su público. Allá aman a su selección. Han cerrado filas a su alrededor. Son una unidad compacta. La pregunta de fondo, entonces, debería girar en torno a la entrega de los peruanos a una causa, la organización seria y no mafiosa que debería prevalecer entre los dirigentes, el apoyo real del público a un puñado de jugadores si es que matan por su selección. Este espíritu también lo han logrado Chile, a través de Bielsa, y el Uruguay, con su veterano y reconocido entrenador Tabárez.

Si no somos capaces de disputar dignamente un lugar en el próximo Mundial de Río de Janeiro, querrá decir que nuestros males ya son estructurales y que solo una revolución sangrienta los podrá erradicar: esa cúpula inepta, esa organización de clubes siempre informal y en rojo, un torneo de veteranos donde los jóvenes no tienen la suerte de alternar y en un país donde lo primero que desean es marcharse al extranjero, incluyendo Turquía o Polonia. En este compás de espera leamos dos textos de amor por el fútbol, por la tradición, por los clubes grandes. Un respiro, y a recargar las energías.



Argentina en el 78 ganó gracias a la presidencia de Mario Kempes y a la ausencia de Johan Cruyff.

Fútbol argentino

ENRIQUE FERNÁNDEZ MALDONADO*

A mi abuelo Javier, por el aguante.

Acabo de terminar *Fútbol argentino*, de Osvaldo Bayer.¹ Leerlo me recordó los sabrosos relatos de mi abuelo Javier, cuando nos contaba, con esmero literario, los pormenores de un deporte que comenzaba a congregarse como ningún otro. Y es que Bayer, como mi abuelo, conoció el fútbol cuando la televisión, la radio o el internet no existían; cuando los partidos se conocían por crónicas prolijas, los goles se imaginaban “de boca en boca” y se veneraban ídolos a los que —era probable— nunca verían en vivo.

Pero el libro de Bayer no trata solo del surgimiento del fútbol en este lado del continente. Es, al mismo tiempo, un rápido repaso del siglo xx argentino (desde el prólogo se pregunta por qué el fútbol no puede ser un tema para un historiador, para un sociólogo, para un politólogo...). En sus páginas se suceden dictaduras y gobiernos democráticos; desembarcos, migraciones, guerras perdidas. También el recuerdo de torneos y arbitrajes apañados por las potencias industriales, que eran también las del balón. El reinado oligopólico, aunque no invencible, de los equipos “grandes”. Las resonancias políticas de un mundial —el 78— que ganaron en casa (y no solo por el polémico 6-0 a Perú). La aparición de barrios y barras bravas en la capital federal y también en el interior (un clásico “rosarino”, imperdible). Maradona....

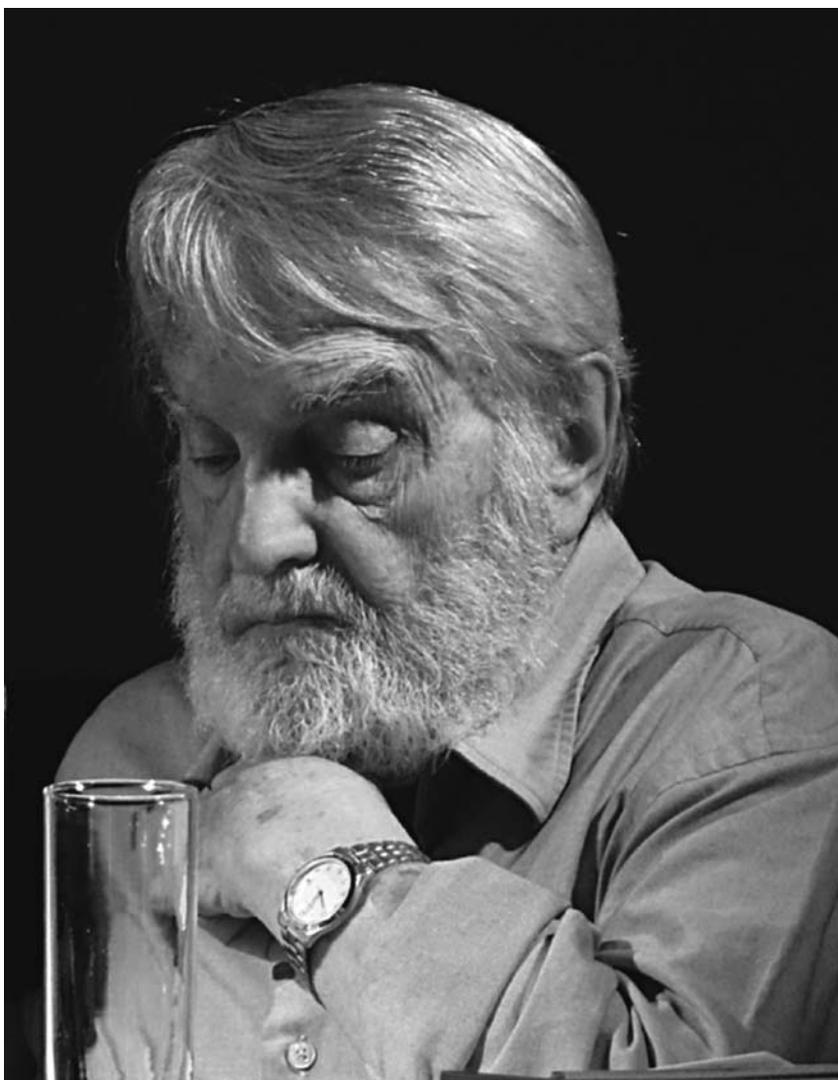
Queda claro en el libro de Bayer que política, sociedad y deporte —como

dejara entrever Norbert Elias en su historia del proceso civilizatorio— forman un continuum difícil de separar en el mundo contemporáneo. En la Argentina, como en otros lados, el fútbol llegó con los barcos. Su aparición decimonónica estaría vinculada con los migrantes ingleses dedicados al comercio de ultramar: en 1867 se jugaría el inaugural partido “ocho contra ocho” que enfrentó, pantalones largos y sombreros, a un combinado de ingleses y locales en el entonces “Buenos Aires Cricket”. Llegaría también con los anarquistas y socialistas, quienes, tras un inicial recelo —la misa y la pelota: la droga de los pueblos— formarían los primeros clubes de barrio (de esa época son los Mártires de Chicago, nombre con el que se conocía al que sería Argentinos Juniors). Es una constante en el relato de Bayer la utilización política del fútbol (la fundación de la Asociación de Futbolistas Argentinos, uno de los primeros sindicatos del medio). Y su mercantilización acelerada. El fútbol reflejará también la estructura social en proceso de transformación (“talleristas” versus “ferrocarrileros”, un ejemplo). Será con la televisión, sin embargo, que el fútbol se popularizará hasta límites insospechados (con ella comenzará la “exportación” de jugadores, reflejando la primacía de un modelo que “mira para afuera”). Y el reinado campante de la corrupción (y eso que el libro llega hasta 1990). En síntesis, una lectura de la sociedad argentina mirada en clave futbolera (“Lo que le pasa al fútbol le pasa al país”, abreviará Carlos Heller, citado por Bayer).

Pero si algo llamó mi atención fue la repetición de patrones similares en la historia futbolística de la región. En la

* Sociólogo por la PUCP. Investigador en derechos humanos y responsabilidad social empresarial. Sobre el tema ha publicado *Trabajo decente y responsabilidad social empresarial en la agroindustria en el Perú*. Lima: CEDAL, 2006.

1 Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2009.



Oswaldo Bayer, el autor del libro, demuestra que tanto el fútbol como el amor duran toda la vida.

Argentina como en el Perú (y supongo que también en otros países), el fútbol expresará identidades territoriales y regionales. Tendrá equipos 'grandes', populares, que conocerán la gloria, el dolor y la humillación (del descenso). Y también 'chicos' que alcanzarán hazañas históricas. Es el caso del Estudiantes, tricampeón de la

Libertadores a inicios de los setenta, de la mano de la Bruja Verón padre. Accidentes absurdos en tribunas precarias, aquí y allá. La progresiva sumisión a la lógica del mercado ("la comercialización del fútbol continúa sin prisa ni pausa. Todo se vende. Hasta las camisetas", nos dice Bayer). Las barras bravas, un subproducto

del proceso de marginalización. Equipos grandes sin dar la vuelta: los 18 de River, los 13 de Boca y San Lorenzo. Jugadores que terminaron como técnicos. Históricas rivalidades. Paternidades denigrantes. Fútbol. En todos lados.

Es probable que los argentinos, y más si son feligreses de esta pasión —como diría Osvaldo Soriano— de inocente apariencia, disfruten más con su lectura. Se trata de un libro entretenido, ágil, bien escrito. De trato amable con el lector, presentado a manera de guión cinematográfico (motivo original de su aparición, a propósito de una película homónima estrenada en 1990). Lleno de datos y hechos curiosos. Me entero, por ejemplo, que River Plate —“el eterno segundo”, Bayer dixit— nació en el barrio de La Boca; o que Argentinos Juniors —ese equipo proletario de La Paternal— disputó con la Juventus una intercontinental a mediados de la década de 1980. También de la superioridad charrrúa —hoy revertida— en el clásico del Río de La Plata. Y desde luego, la rivalidad encendida con brasileños e ingleses. También la sindicalización temprana de los futbolistas de la mano pionera de un peruano: Soriano, jugador del Banfield. La adscripción territorial de los equipos y sus hinchadas (mientras viví en Colegiales, entre Lacroze y Álvarez Thomas, hice amigos “funereros”). Los clásicos ‘internacionalizados’: los diablos rojos de Avellaneda (de cuando veíamos al Independiente de Franco Navarro) contra la Academia (“La Máquina, el equipo más espectacular y perfecto de la era del profesionalismo”, arriesga Bayer)... El fútbol como folclore nacional: todos los

14 de mayo se conmemora el “día del futbolista argentino” (conmemorando, cómo no, una victoria sobre los ingleses en el mismísimo Wimbledon). Pincelazos sobre Joya, el peruano de River. Y el de Meléndez, “verdadero ídolo de los hinchas boquenses: sereno, limpio, elegante” (p. 108). (Un tal Enrique Fernández en Rosario Central...) La aparición de las tarjetas amarilla y roja en México 70. La Saeta Rubia —Di Stefano— como entrenador de Boca. El hincha más conocido de Ferro, un revolucionario de fama mundial. El Flaco Menotti —con quien coincidí varias veces en una parrillita de Rodríguez Peña—: el “lírico del fútbol criollo”. Me enteré también de la friolera que costó el mundial argentino (520 millones de dólares en “un país con millones de seres en viviendas de cartón y sin agua”, p. 117). La aparición deslumbrante, divina, de ese “gordito alegre”, tan polémico él.

Debo advertir que no estamos ante un libro de la envergadura de *La Patagonia rebelde*, ni de la profundidad de sus textos en el exilio. Se trata, no obstante, de un libro que, romántico por momentos, no pierde de vista esa faceta poco atendida (como trivializada) del fútbol: su naturaleza dialéctica. Suena raro, pero Bayer lo explica así: el fútbol como “un juego capitalista porque requiere de rendimiento, afán de ganar, de ser superior. Un juego socialista porque necesita del esfuerzo de todo el equipo, la ayuda mutua para obtener el triunfo, que es una vida mejor”. Y en medio de todo: el gol: “El sueño. La esperanza. La felicidad”. En suma, una lectura recomendable al estilo de una vieja publicidad: si es de Bayer, es bueno. ■